

Ante un retrato de Rimbaud

Escribe: HECTOR ROJAS HERAZO

Todo retrato viejo tiene aire de familia. Y este —el retrato odolente de Arthur Rimbaud— es el único que no lo tiene. Definitivamente es la imagen de un forastero. De alguien que vino y contempló con furia el espectáculo de la tierra y luego se fue con el asco quemándole los labios. Tiene la belleza sombría de una muchacha enlutada. De esas muchachas de pueblo, casi vírgenes a fuerza de una temprana viudez. De esas que nunca envejecen. Que se quedan de veinte años para toda la vida. Y que una tarde con sol de venados se acuestan por un simple catarro neurálgico. Toda la vejez se les aprieta, entonces, en la mortaja. Verdaderos monstruos de ancianidad son esos trocitos de carne harapienta que van a botar al cementerio. Este retrato de Rimbaud es una bella viuda con ojos de demonio adolescente. Esos ojos no quieren ni esperan nada. Hasta el vacío, hasta la depravación, los dejaría insensibles. Se saben de memoria la existencia estos ojos de diez y ocho años. El rostro es levemente alargado. Rostro de convaleciente de una enfermedad que le viene de muy atrás. Con su azufre sobre la piel. Con una sombra de carbón tiznándole las sienes.

Este retrato dirá palabras furiosas y se pondrá a medir, con un teodolito epistolar, el horizonte de las caravanas. Mientras tanto se estará quieto. Mudo. Con su dureza de sacrílego que come gatos muertos en las sacristías. Con su misa negra en la corbata y sus piojos de suburbio en las costuras del pantalón y en el revés de la solapa. Cuando acabe de tragarse su infierno, de beberse sus aceites, de volver y revolver el marmiteo de sus palabras, el retrato se saldrá de su marco y se pondrá a blasfemar en cuatro patas para que todos los sapos inicien la azufrada liturgia de morder a su gusto los levitones de los misóginos. Este retrato, por estar cansado de todo, ha terminado por cansarse de sí mismo. Le dolerá la cintura de tanto asco y le entregará, antes de terminar su viaje, un poco de sus huesos a la sombra. Porque este asqueado mancebo logró algo verdaderamente patético para un verdadero gran poeta: odiar, con toda la profunda energía de su odio a la belleza poética. Y la odió por una razón bien sencilla: porque ella, y únicamente ella, fue la responsable de su caída, de su hambre, de su suplicio en la búsqueda, de su final condenación.

Rimbaud ha sido de los pocos hombres que han tenido el privilegio de escoger una zona de la inteligencia para ganar o perder el cielo sin salirse de los linderos terrestres. Y optó, por sí y ante sí, por la perdición. Ha sido el más dramático ejemplo de soberbia lírica en un continente y en una época de soberbios líricos. Lucifer adolescente, trata de hacer tabla rasa de sus sentidos, de su herencia, de su civilización, para empinarse, con hocico encendido, hasta el propio resplandor de la divinidad. No quiere ni pide cuartel. Está solo. Hórridamente solo en el último y más tempestuoso reducto de su alma. Sin objetivo ni límite. Sangrando hacia adentro. En esa santidad al revés que lo enfrenta, de rostro a rostro, con el ángel de sus propias tinieblas.

Cuando regresó de semejante aventura estaba hastiado, calcina-

do. Con esa ceniza de eternidad que cubre el frío de sus palabras. Había empleado hasta el delirio, sus armas de rebelión poética. Lo que quedaba en sus manos no era otra cosa que derrota. Inerme destino. El acre sabor de quien ha nutrido su corazón en las tinieblas. En él, la desesperación toma forma de odio. De derrota. La retórica —lo único que podía quedarle como saldo de esa batalla desproporcionada— era, apenas, un melancólico juguete. La rechazó con furia, abominándola con palabras temibles, con axiológica procacidad. Y quiso, aquí en la tierra, tener una anticipación del infierno, convertir su existencia en una expiación. Lo demás es el pavor, el tránsito caínico, las fauces masticando hiel, la testa para la cual todas las almohadas se vuelven piedras. Por eso, detrás de sus comisuras labiales, el retrato de viudita virginal tiene una sonrisa sin fondo.